

## **La infancia de los Parra (según el tío Lalo Parra)**

**Marcela Escobar Quintana**

No existen fotos de los niños Parra. Sólo hay recuerdos de esos días en que Violeta, Nicanor, Roberto y los demás vivían en Chillán y lo único que abundaba era la pobreza y el canto. Eduardo Parra, El Tío Lalo, recuerda el liderazgo de Violeta, las voces de Hilda y Roberto y la autoridad de Nicanor, el hermano mayor que se fue de la casa cuando llegó el hambre.

### LA NIÑEZ DULCE

La primera conversación ocurre en septiembre. Eduardo Parra, el tío Lalo, está triste porque ha muerto Rafael "Rabanito" Berríos, el acordeonista que alguna vez acompañó a su hermana Violeta. Se enteró de la peor manera. Lo llamaron de una radio para que dijera unas palabras a propósito del difunto, y ahora, sentado en un sillón de su departamento en la población Cardenal Silva Henríquez, en Cerrillos, el tío Lalo luce apagado y no se parece ni a la sombra de ése que sale en el comercial de Tapsin, cantando una cueca chora y vestido de blanco. Sólo la memoria consigue sacarlo de su ensimismamiento: Lalo mira a su esposa, Elizabeth, abre unos ojos tremendos y le dice: "Hoy es el cumpleaños de Nicanor". Nicanor, el poeta, cumple 91 años, cuatro más de los que tiene el tío Lalo. "Hay que llamarlo", insiste, y Elizabeth recuerda que cada vez que los hermanos hablan por teléfono, conversan una hora. "Parecen niños chicos", dice ella. El tío Lalo le sonríe y cuenta que en sus conversaciones telefónicas con Nicanor hablan de todo. Incluso de mujeres.

Cuando le pregunto cómo le gustan, él dice de todo lleva la banca cuenta Parra, mirando de reojo a su mujer, cuarenta años menor. Tal vez sea el recuerdo de aquella conversación entre hermanos lo que le devuelve el tono apagado y lo obliga a decir: "A veces, nos ponemos melancólicos".

Si lo que se asoma es un recuerdo triste, el tío Lalo se apresura en calificarlo de "grave, grave". Fue grave la pobreza de la infancia. Fue "grave, muy grave" la despedida a Violeta en la estación de trenes de Chillán, el día en que ella partió a Santiago. Grave, también, su propio viaje a la capital, solo, y el tiempo en que vivió de interno en el Barros Arana, echando de menos a su mamá y a su guitarra. Habla de sus recuerdos como si estuviera contando cuentos, de la misma forma en que lo hacía el protagonista de El Gran Pez. Como para no creerle. Como para envidiarle la memoria privilegiada de sus 87 años.

Lalo es el cuarto hermano Parra, menor que Nicanor, Hilda y Violeta, y mayor que Roberto, Caupolicán Polito, el hermano que murió guagua, Elba, Lautaro y Óscar. Cuando nació todavía no existía el registro civil, por eso fue inscrito

junto con Roberto seis años después de la fecha real de su nacimiento. Lalo había nacido el 29 de junio de 1918; Roberto, el mismo día pero de 1919. Ambos hermanos no sólo se parecían mucho físicamente; el canto, la guitarra y las cuecas choras los unieron hasta la muerte de Roberto, en 1995. De niños, sin embargo, el hermano más cercano que tuvo Eduardo fue Nicanor, el mayor de todos.

A mí me gustaba pelear, desde los 2 o 3 años. Según Nicanor, yo pegaba fuerte y gozaba él haciéndome pelear. Peleaba con el hijo del sargento Sotomayor. Nicanor me sacaba de la casa en sus ratos libres y me llevaba donde el niño. Éramos del mismo porte, la misma edad. Gozaba Nicanor. Él me decía: cuando seas grandes, vas a ser campeón de box. Y yo seré tu entrenador.

Los Parra vivieron sus primeros años en Lautaro, donde su padre, también llamado Nicanor, hacía clases a los conscriptos. La familia era trasladada de pueblo en pueblo, y fue así como al poco tiempo todos se mudaron a Chillán, ciudad que Lalo siente propia.

Fue el padre, que además de profesor era cantor y guitarrista, quien inició a sus hijos en el arte del folclor.

Nos enseñaba a cantar, hacía competencias cuando nos acostábamos. La mayoría de las veces ganaba la Violeta, porque no se dormía y tenía desplante. Yo quería dormir, pero el papá nos hacía cantar a la fuerza.

Violeta era la líder de los Parra. La que tomaba las decisiones, la primera en aprender a tocar guitarra. La secundaban Hilda, Lalo y Roberto. A los cuatro les gustaba cantar. A Nicanor, en cambio, nunca le agradó el canto.

Todos salimos circenses, menos Nicanor. No lo hizo cantar nunca mi papá. En una fiesta del regimiento lo hicieron actuar contra su voluntad. Él aceptó, porque no tenía que cantar.

Lalo recuerda que su hermano compartía escena con un actor que hacía de oso, el que se escondía en una suerte de garita. El personaje de Nicanor era un niño ladrón, al que, como castigo por sus fechorías, lo encerraban en la garita para que se lo comiera el oso. Así terminaba el acto.

Todos los niños creímos que el oso se había comido a Nicanor. Pero yo, curioseando, me metí debajo de la garita y lo vi agarrado a unos palos. Le habían enseñado. La Violeta se puso a llorar, a gritar que se habían comido al hermano. Yo la tranquilicé. Ésa fue la única vez que Nicanor actuó.

¿Cómo se entretenía él, entonces, si ustedes cuatro andaban cantando?

Puro estudiar precisa hoy el tío Lalo. Él era el niño estudioso de la casa, del colegio y del pueblo. Toda la gente lo admiraba. Nosotros decíamos para qué estudiará tanto, qué sacará con tanta tontera.

LA VIDA GRAVE

Entre la primera y la segunda conversación transcurre un mes exacto. Son las cuatro de la tarde del 5 de octubre y el tío Lalo está molesto. Ha muerto el músico Eric Maluenda, fundador de Illapu, y eso lo ha afectado. Para peor, el día anterior visitó al doctor y éste le encontró "quince enfermedades". Durante un buen rato no hará más que quejarse contra los médicos, contra las prohibiciones de la dieta y contra la vida injusta que se llevó a la tumba a Eric Maluenda pese a las medicinas y los cuidados. Lalo Parra se niega a renunciar a los asados y al vino tinto y lo hace saber. Está sentado en una terraza improvisada en su antejardín y los niños de los departamentos vecinos no paran de gritar. Al tío Lalo parece no importarle: tiene dificultades para oír aunque no le fallan las palabras ni la memoria.

Los Parra vivían en Chillán cuando les llegó la pobreza. Su padre dejó de hacer clases y se negó a buscar otro trabajo porque creía que no hallaría uno igual de "decente, elegante, bonito". La plata que obtuvo por la venta de unos terrenos duró poco: el patriarca de los Parra enfermó de tuberculosis, un mal incurable por esos años.

Entonces le prohibieron el vino, la chicha y todas las cosas que me prohíben a mí ahora. Y él tampoco hizo caso. La gente se arrancaba de la casa donde había un tuberculoso, era una enfermedad muy contagiosa. Mi mamá nos daba parafina. "Para los pulmones", decía. Tenía la precaución de darnos antes un terroncito de azúcar, para pasar el mal gusto.

Luego de tres años de enfermedad, el padre murió. Lalo recuerda perfectamente esa tarde: la casa llena de gente y él, de seis años, sin entender bien lo que sucedía.

Estaba rezando un rosario al lado de mi papá cuando murió. Me corrieron de allí y se me ocurrió ir a avisarle a Nicanor, que estaba en el liceo todavía. Le dije: murió mi papá. Lo encontré en un lugar que se llamaba Almacén y Tienda El Toro. Ahí vivía un compañero suyo. Le dieron el pêsame y le regalaron dos paquetes de velas. Lo velaron dos días y dos noches, porque era el dueño de casa. Acá, todavía no se muere uno cuando ya lo entierran.

Lo que vino después fue difícil. La madre no trabajaba, las costuras que le encargaban sus vecinas no alcanzaban para alimentar a sus ocho hijos. La comida empezó a escasear y llegó el hambre. Lalo recuerda que los hermanos se peleaban por quién comía más. "Fue una vida sumamente grave", reconoce. "Y el primero que partió fue Nicanor, cuando vio que faltaba la comida. No le dijo a nadie media palabra, pero todos nos dábamos cuenta. Un día, a la amanecida, se fue. Yo y la Violeta estábamos mirando, sabíamos que se iba a ir. Se fue para la casa de una familia, los Bobadilla. Uno de los hijos era alumno del liceo y lo conocían como era de estudioso, los premios que ganaba, así que se lo llevaron, feliz y contento".

Lalo Parra dice que Nicanor pagaba a los Bobadilla una pensión, ayudando en los estudios a los niños de la casa. Y asegura que nunca le explicó a su madre las razones de su partida y ésta, tampoco, manifestó intención alguna de irlo a

buscar.

Se fue, no más. Lo íbamos a ver, nos allegábamos al liceo y nos dábamos cuenta de que andábamos mal vestidos. Nicanor siempre anduvo bien vestido, se las arreglaba. Lo mirábamos de lejos, para que no se avergonzara. De repente nos veía y decía que nos fuéramos. Y nos íbamos, pero al día o a los dos días, regresábamos. Lo queríamos mucho. Una vez le preguntamos por qué se había ido. Él explicó: "Una boca menos, así alcanzan más comida ustedes".

No hay rencor en las palabras de Lalo, más bien parece entender a su hermano mayor, quien días después regresó a la casa, aunque sólo de visita. Lalo recuerda que jugaban hasta tarde, pero al llegar la noche Nicanor volvía donde los Bobadilla. Sus planes eran estudiar y luego partir a Santiago. Sus hermanos se las ingeniaban para pelearle a la pobreza. Vivían cerca del cementerio de Chillán y a Violeta se le ocurrió que podían vender agua y ayudar a los deudos a arreglar las tumbas, a cambio de algunas monedas. Lalo recuerda: "Gritábamos: Agüita pa' las flores, escalera pa' los nichos, para matar a los bichos, que hacen tira las flores. Inventábamos, ya teníamos idea de rimar".

Los cuatro Parra decidieron que podían ensayar las canciones que su padre les había enseñado alguna vez. Nuevamente fue Violeta a quien se le ocurrió que podían ganar plata con el canto, y propuso cantar en el mercado de Chillán. Allá partieron Lalo, Hilda y Roberto, siguiendo las ocurrencias de Violeta.

¿Y qué dijo Nicanor?

Enojado con nosotros, completamente. No quería saber nada con el canto, menos que fuéramos a cantar a la calle. Nos hablaba con las manos casi en la cara, como para agredirnos, pero nosotros sabíamos contestarle. "Con esto comemos, si no cantamos no tenemos qué comer. Tú no nos das", le decíamos. Y de adónde iba a sacar él, pero lo decíamos para defensa nuestra. La mamá, feliz. Traíamos del mercado un canasto lleno de cosas. Y la platita, toda, para la mamá. Ahí se acabaron las miserias.

El tío Lalo admite que el canto les quitaba tiempo para la escuela. Que a él y a Violeta les iba bien; a Hilda y a Roberto, mal. Nicanor ya había terminado sus estudios de manera brillante y estaba en Santiago. Antes de partir, prometió que se llevaría consigo a sus hermanos, uno por uno, para educarlos, siempre que ellos cumplieran con una promesa: dejar la guitarra y el canto.

La ambición de venir a Santiago era grande reconoce Lalo, así que prometimos todo.

En Chillán, los Parra visitaban algunos bares en el día y luego de cantar pasaban el sombrero, esperando propinas. Eran muy niños para trabajar de noche o para aspirar a un contrato. Al poco tiempo, la promesa de Nicanor se cumplió y Violeta partió primero. Lalo y sus hermanos se sumieron en la pena. "Lloramos, cuando el tren dejó la estación le hacíamos señas desde lejos con un pañuelo. Grave, muy grave", dice, abriendo unos inmensos ojos negros. Los días que siguieron a la partida de Violeta, Lalo, Roberto e Hilda no cantaron.

"Después hubo que salir otra vez, pero ya éramos tres. Tres, no más. Daba pena".

Al otro año le tocó a Lalo. Tenía trece años y tenía que viajar sin mamá. "Irse solo en el tren a la capital era grave. Pero había personalidad". Los Parra tenían parientes en Santiago. Violeta vivía en la casa de Ramón Parra, en la calle Cumming al llegar a Balmaceda. Nicanor vivía en el Barros Arana, donde era inspector mientras estudiaba en la Universidad de Chile. Lalo llegaría a Santiago a la casa de otra tía, hermana de su madre.

Contrariando la promesa hecha a Nicanor, Lalo no sólo trajo a Santiago un canasto lleno de ropa, sino que también su guitarra. Cuando bajó del tren en la Estación Central, ni Violeta ni Nicanor estaban allí. El pequeño Lalo esperó una hora y media a un avergonzado Nicanor que, por el retraso, no le dijo ni media palabra acerca de la guitarra. Caminaron juntos hasta la casa de la tía, Nicanor pagó veinte pesos por el primer mes de pensión de Lalo y al día siguiente éste comenzó a preparar el examen de admisión para el Liceo Barros Arana.

Salí de lo mejorcito. Luego, me internaron y fue la cosa más rara para mí. Todo el día, toda la noche. Era grave. Despertaba a medianoche y echaba de menos a la mamá y a la guitarra. Estudiaba hartito, me eran fáciles los temas, pero seguía echando de menos. Empecé a ver cómo podía arrancar. Pero me di cuenta de que no había manera.

Cuando le comentó a Violeta lo que le pasaba, ella le dijo que estaba "en las mismas". Que echaba de menos la familia, la guitarra y el canto. Para Lalo, la única salida era rendir mal los exámenes, así perdería la beca y no podría seguir estudiando. Entonces, ideó una estrategia: comenzó a sacarse malas notas a propósito, hasta que perdió el año.

Yo, feliz. Me dieron mi certificado de repitente. Creyeron que estaba loco. Nicanor no quería ni hablar conmigo. Cuando me lo encontré en la casa saqué mi certificado y se lo pasé. Él lo hizo tiritita. Me dijo que había perdido mi oportunidad de estudiar. Claro, le dije yo, pero voy a seguir cantando y cuando llegue marzo seguimos estudiando, pero no internado.

A Nicanor no le quedó otra que resignarse. Era el hermano mayor, pero Lalo ya enteraba los catorce años, Violeta lo apoyaba y habían llegado Hilda y Roberto a Santiago. Apenas se reunieron consiguieron su primer trabajo en la capital, en la Cafetería La Popular. Lalo Parra estaba feliz.

Ahí recibimos el primer sueldo. ¡Qué alegría más grande! exclama el tío y los recuerdos iluminan su rostro. Eran los días en que cantaban todos juntos, aunque Roberto se perdiera entre fiesta y fiesta. Ahí terminó la infancia de los Parra. Ahí comenzó la historia, la misma que tiene hoy al tío Lalo riendo en la terraza de su jardín en Cerrillos.

*Marcela Escobar Quintana.*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”,  
CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2008